



SEMANARIO INFANTIL ILUSTRADO

Año III

5 de abril de 1890

Núm. 127



LUCHA HEROICA

Pelean perro y gato
con admirable ardor,

con uñas y con dientes,
sin tregua ni perdón.

UN RATO DE CHARLA

SE ha de tener entendido que, al escribir yo estos artículos con que comienzan los números de EL CAMARADA, lo hago en el supuesto de que me dirijo no á niños de teta sino á jovencitos de tan brillante talento como demuestra el hecho de acertar los problemas, difficilísimos á veces, que figuran en la última página. Por lo tanto, creería impertinente venir aquí para decir cuatro nonadas en tono dulzarrón, y prefiero ocuparme en cosas de alguna sustancia cuando menos.

En este concepto voy á hablaros hoy de un libro póstumo del nunca bastantemente llorado profesor francés M. Guyau (1), uno de los hombres de más talento de este siglo. Inútil es decir que en este libro se muestra M. Guyau partidario de la educación física y enemigo de la sedentaridad y de la prematuración; pero donde brilla sobre todo su originalidad es al tratar del cultivo de la atención y del cultivo de la memoria. «Una parte de los prejuicios de la antigua psicología,—dice,—se encuentra aún en la educación: con harta frecuencia se representa la memoria como una facultad simple, única, aparte. Dicese *ejercitar* la memoria, *desarrollar* la memoria; pero de hecho no se puede ejercitar ó desarrollar sino tal ó cual memoria: la de las palabras, la de las cifras, etcétera. La memoria es un hábito, y no se desarrolla *la memoria en general* porque se haya atiborrado el cerebro del niño con tales ó cuales palabras, tales ó cuales cifras, etc., de la propia manera que no se desarrolla el *hábito en general* porque se le inculque la costumbre de saltar á pies juntillas ó de jugar al trompo. En lugar de dar memoria á un niño obligándole á recordar las cosas insignificantes, se le quita realmente, porque esas cosas sin valor ocupan en su cerebro el puesto de ideas más importantes.» De ahí que M. Guyau truene contra el abuso de los programas, de los exámenes y de las oposiciones, y defienda el principio de que la educación ha de ser mejor *sugestiva y directriz* que no instructiva.

Sentado esto, es de ver que para M. Guyau la segunda enseñanza y la enseñanza superior deben recomendarse no tanto por la abundancia de las materias como por el método, por la gimnástica intelectual que deben representar, desarrollando en el adolescente la iniciativa del pensamiento.

(1) *Éducation et hérédité*: París, 1890.

Quiere también M. Guyau que se enseñen pocas ciencias, pero que se enseñen *científicamente*, es decir, que en vez de *tomar apuntes* hagan los alumnos manipulaciones y experimentos, formen colecciones de plantas y minerales, manejen las máquinas, etc. En cuanto á las matemáticas, opina que con sus sencillas fórmulas, incapaces de encerrar la realidad, destruyen el «espíritu de finura» que es el sentido recto de la vida. Respecto á las letras, se manifiesta contrario á las traducciones cursivas y orales, prefiriendo los largos deberes escritos. Vale más un fragmento antiguo estudiado á fondo que todo un libro leído aprisa. Por lo que hace á la historia, «ese gran cementerio,» cree debiera ser enseñada de una manera también menos pasiva, demostrando á los alumnos lo que es un monumento y un documento, y cómo se compulsan y comprueban y critican los testimonios diversos. En esta parte, como en todas, tiene razón Guyau. Yo estudié aquella *asignatura* en una ciudad donde la historia se le mete á uno por entre las piernas andando por la calle, y jamás oí en clase la menor alusión á lo que teníamos constantemente ante los ojos.

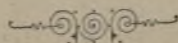
No se enfadarán las señoritas que me honren leyéndome si digo que Guyau no quiere que sean sabihondas, entendiendo que en toda mujer lo que hay que preparar es la madre. A los hombres, como hace notar también Herbert Spencer, se les importa un rábano la erudición de las mujeres, y lo que estiman en ellas sobre todo es el buen carácter y el sentido recto.

Esto es lo que dice Guyau, pero estoy seguro de que el mismo caso harán de él en España que en el Congo. Los estudiantes se asociarán no para jugar sino para hacer de oradores, en las clases continuará el furor de *tomar apuntes* para poder responder bien en los exámenes *secundum verba magistri*, y los experimentos continuarán quedando á cargo de los *grabados* de los libros. Un *buen estudiante* querrá decir un estudiante que se sepa muy bien la lección, aunque sea un simple animal dotado de la memoria de los nombres, y que se muestre ciegamente identificado con el catedrático.

Así vamos.

Siempre vuestro

ANTOÑITO





EL NIDO

(A MI QUERIDO AMIGO ALBERTO CASAÑAL)

Entre el frondoso ramaje
de un arbusto corpulento
reparte el padre el sustento
á sus hijuelos gozoso,
llevando llene su pico
de manjares anhelados
por habitantes alados
que pueblan el nido hermoso.

Deja después á sus hijos
en el musgo descansando,
mientras que se va cantando
el pájaro revoltoso;
y se interna por el bosque,
quedando casi olvidados
los habitantes alados
que pueblan el nido hermoso.

Mientras que el padre tranquilo,
á sus hijos olvidando,
se va en el bosque internando,
un chicuelo caprichoso
ve el nido que le apetece,
siendo en seguida robados
los habitantes alados
que pueblan el nido hermoso.

Vuelve el padre placentero,
y queda el pobre extasiado
al notar su triste estado;
y entre el trinar doloroso
con que canta sus desdichas,
ve que han sido arrebatados
los habitantes alados
que pueblan el nido hermoso.

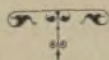
FRANCISCO AGUADO



LA LUCHA

POR

LA VIDA



¡Cómo huye la pobre rana
de su cruel perseguidor!
¡Doquiera existe la vida
que existir tiene el dolor!

Ni en lo profundo del agua
cesa el combate traidor.
Quien más puede es el que vence;
quien débil, se fastidió.



LA INDUMENTARIA EN LA ANTIGÜEDAD

El traje exterior que los antiguos usaban se llamaba *chilon* entre los griegos y *túnica* entre los latinos. Este traje no tenía abertura por delante, como la camisa que por lo regular usan los hombres; pero sí se abría un poco como la camisa de las mujeres, é iba sujeto por medio de un cinturón. Algunas veces la *túnica* era sin mangas. Los romanos, sin embargo, la usaban con ellas, pero tan cortas que no llegaban al codo. En Grecia el *chilon* se llevaba debajo de la *clámide*, especie de capa muy en boga en aquellos tiempos.

La *clámide* era originaria de Tesalia y consistía en un cuadro oblongo de tela al cual se añadían por entrambos lados dos pedazos triangulares, dando al conjunto la forma de un trapecio. Se la colocaban de muy distintas maneras, resultando una prenda de gran distinción. Usábase mucho para montar á caballo. La *clámide* era un traje eminentemente nacional entre los griegos, por cuya razón jamás la usaron los romanos, á no ser en muy contadas excepciones.

El *pallium* constituía la prenda característica del traje griego, como la *toga* entre los romanos.

Consistía en una prenda de lana en forma de un cuadro largo. Generalmente se lo colocaban encima de la *túnica*. Otras veces lo sujetaban con un broche por cima de la espalda. Otras solían envolverse en él como en una capa, y entonces el *pallium* se aproximaba por el aspecto á la *toga* romana. Era una prenda usada indistintamente por hombres y mujeres.

El *peplum* era traje exclusivamente de mujer, siendo su forma la de una larga y ancha capa muy parecida á la *túnica*. Los vestidos femeninos componíanse ordinariamente de dos piezas de tela cosidas que se unían en el hombro con uno ó más botones ó bien por medio de broches de piedras preciosas. El traje se ponía por la cabeza, y, como resultaba tan holgado, caía formando graciosos pliegues por la cintura y el pecho. Alguna vez la cintura era aparente; otras se ocultaba entre los pliegues de la tela, que caía por encima.

La *toga*, uno de los más hermosos trajes que han existido, era el que con preferencia adoptaron los romanos. Era un traje verdaderamente civil, no usado en las guerras ni en tiempo alguno por el ejército. Su forma, extendida, era la de una media luna, cuya curva no era del todo circular sino algo elíptica. El largo era de tres veces la altura del individuo, tomada desde la espalda hasta el suelo. El ancho, por la parte más pronunciada de la curva, era una tercera parte de largo. Para vestir la *toga* se colocaba la parte ó lado derecho sobre el hombro izquierdo, de modo que una tercera parte del largo cayese por delante de las piernas. En seguida se echaba sobre la espalda pasando por debajo del brazo derecho, recogiendo el último tercio de su largo, que iba por cima de la espalda al lado izquierdo cayendo hacia atrás.

La parte que caía hacia delante incomodaría por su largura si no la recogieran de modo que viniese á plegarse ante el pecho. Esta posición airosa se ve, en el Museo del Louvre de París, en las hermosas estatuas que representan á Augusto y á Tiberio.

La *toga* se usaba más ó menos ligera, y fué según lo exigía la estación.

La *pretexta* era una toga blanca bordada de púrpura, que usaban los pontífices y magistrados. El pretor que iba á pronunciar una sentencia de muerte se adornaba con la *pretexta*. Cuando los jóvenes entraban en la adolescencia se la ponían, despojándose de ella á los diez y siete años para vestir la ropa viril ó toga ordinaria.

La *estola* era el traje habitual de las señoras romanas de condición elevada. Era una especie de túnica con ribetes riquísimos, formando innumerables pliegues y terminando con un elegante bordado. Por cima de la *estola* se ponían la *palla*, prenda muy parecida á la capa.

Los griegos y los romanos iban generalmente con la cabeza descubierta. Aunque usaban también sombrero, se lo ponían rara vez: de ahí que sea tan difícil ver uno en alguna parte. Cuando llovía se cubrían la cabeza con la misma *toga*. En los bajos relieves sólo hay indicios de los sombreros de los pastores. Por regla general el sombrero de los antiguos tenía cintas para sujetarlo por debajo de la barba cuando lo llevaban puesto; y cuando les molestaba lo dejaban caer por encima de la espalda. El sombrero con que se adorna á Mercurio es un sombrero de pastor.

En Roma la generalidad de las señoras gastaban velos que les cubrían la mitad del rostro. Durante los meses de verano y cuando más se sentía el calor, para disfrutar del placer de conservar las manos frescas usaban unas bolas de cristal ó de ámbar amarillo, así como al cuello; y á manera de collar se rodeaban de unas pequeñas serpientes domesticadas, y de este modo, por el contacto de estos reptiles, siempre fríos, mantenían en el pecho un frescor agradable.

Hubo mucha variedad de calzado en los antiguos tiempos, y apenas se nota diferencia entre el calzado de los griegos y el de los romanos, pues cuanto á gusto, los romanos escogieron los modelos griegos.

En general, el *fatato* ó *brodeguín* subía lo suficiente para cubrir todo el pie, en oposición á las sandalias ó zapatillas, que sólo cubrían parte de él.

El calzado de las señoras tenía suelas y tacón bajo y llegaba hasta el tobillo. Sobre el empeine había una abertura, á cuyos costados pasaba un cinta entrelazada; pero esa abertura no era doble, como se observaba en el calzado de los hombres.

El uso de las sandalias sujetas con unas correas era el más comun; pero fácilmente se comprende que el calzado variaba de forma según el uso á que se destinaba.

En Atenas las personas de distinción ostentaban en sus zapatos un adorno de oro ó de marfil que hacía las veces de nuestras hebillas.

El uso de la media bota de cuero con dibujos, también estuvo de moda. Las señoras gastaban zapatillas en casa y botinas para salir. El calzado que Fidias adoptó para la Minerva del Partenon, se ajusta á los dedos del pie y por debajo de la pierna, habiendo sido esta la forma que más en boga estuvo en el siglo de Pericles.

TRINIDAD DE LA ROSA



LA PRIMAVERA

El alma pura
¡cómo se alegra
cuando renace
la Primavera!

La tierna niña,
pura y hermosa,
el altar cubre
con lindas rosas.

El pajarillo,
con dulce voz,
gozoso ensalza
al Hacedor.

El mustio prado,
que seco estaba,
verde aparece
por la mañana.

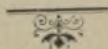
El arroyuelo
en su murmullo
inquieta dice:
—A Dios saludo.

Y hasta el incrédulo
confuso queda
al ver que surge
tanta belleza.

JUAN PUIG



Van las niñas al colegio
con sus libros y labor,
y á las diez todas almuerzan
en el ancho comedor.



El trabajo es muy penoso,
hay que dar mucha lección,
y las penas que una tiene
se las cuenta al bastidor.



EL
COLEGIO



UNA LIMOSNITA POR AMOR DE DIOS

Voy á contaros, niños queridos, no un cuento, sino una historia, que prueba una vez más que Dios no abandona jamás á sus criaturas y que todo el que hace un bien halla en el hecho de practicarle la recompensa.

Julia era una niña de doce años, hija de un tenedor de libros de una de las casas de comercio más importantes de Barcelona. Sus padres la querían como los padres quieren, y, á la vez que cultivaban su inteligencia dándole una esmerada educación, procuraban educar su alma, sembrando en ella las doctrinas del que dió su vida por nosotros: la caridad, el amor al prójimo.

La niña era buena, y de que fructificaron en su corazón las semillas que sus padres echaron, es buena prueba lo que voy á referiros.

Una noche en que Julia salía del cuarto de una vecinita con la que había estado jugando, al llamar al suyo observó que la portera bajaba acompañada de un señor, vestido severamente de negro, y oyó que éste la decía:

—Está muy mala, muy mala, y se muere irremisiblemente si no se la administra el medicamento que acabo de recetar.

Aquello picó su curiosidad; y como casualmente se encontraba sola, pues sus papás habían ido á una visita, bajó tras ellos, y, una vez que aquel señor salió á la calle, preguntó á la portera el significado de sus palabras.

La portera dijo entonces á la niña que en una de las buhardillas de la casa vivía hacía dos meses una joven; que ésta había caído enferma; y que ella, compadecida al verla sola y falta de todo recurso, había llamado al médico de la casa de socorro, que era el que acababa de salir diciendo lo que la niña había oído.

No escuchó más Julia, y, sin darse cuenta de por qué, subió desalada hasta la buhardilla indicada por la portera. La puerta estaba entornada. Empujóla, entró, y á la vacilante luz de una vela de sebo vió en el suelo, entre un montón de harapos, una joven, casi una niña, pálida, yerta, exánime. En una desvencijada silla que á su lado había, veíase un pedazo de papel. Aquella era sin duda la receta á que el médico se refería, aquella era la vida de la enferma. Sin reflexionar, sin explicarse el por qué, apoderóse de aquel papel y bajó corriendo á su casa; pero antes de llegar al principal, donde habitaban, recordó dolorosamente que no estaban sus papás, que quizás tardarían en volver, y que no teniendo ella, como no tenía, dinero alguno, no podía adquirir el medicamento recetado.

¿Qué hacer en trance tal? ¿Dejar morir á la pobre enferma? No, aquello no era posible: su salvación estaba en su mano, allí, en aquel papel que estrujaba con ansia.

Una idea extraña y sublime atravesó su mente, y sin vacilar bajó la escalera, salió á la calle y

—¡Una limosnita por amor de Dios! —dijo á un caballero que en aquel momento pasaba.

Detúvose éste admirado al ver aquella niña decentemente vestida, limpia, sana, sin aspecto alguno que indicara en ella miseria.

—¿Qué causa motiva,—la preguntó,—el que tú, que no tienes aspecto de mendiga, pidas limosna?

—No es para mí, señor, —replicó Julia al joven, pues lo era el caballero.

Y en dos palabras le puso al corriente de los motivos, causa del paso por ella dado.

Miróla conmovido el caballero.

—Ven conmigo,—la dijo.—Allí enfrente está la farmacia: tomaremos la medicina y me guiarás después á donde está esa desgraciada.

Hicieronlo así, subieron ambos de dos en dos los escalones, llegaron á la buhardilla, y un doble grito de alegría se escapó de los labios del joven y de la enferma.

—¡María!—exclamó dirigiéndose precipitadamente á la enferma.

—¡Carlos!—murmuró débilmente ella.

No quiero cansaros más y voy á terminar en dos palabras.

Aquella joven era una huérfana que habían recogido y educado los padres de Carlos, opulentos banqueros de Madrid. Éste sólo tenía dos años más que ella, se habían criado juntos como hermanos, y, lo que con frecuencia sucede, se enamoraron uno del otro.

Los padres no se apercibieron al pronto, pero llegó un día en que tuvieron sospechas de aquel amor que destruía por completo sus planes respecto á Carlos, certidumbre después, y, pretextando unos negocios, hicieron marchar á éste á París.

Una vez que Carlos estuvo lejos de la capital de España, dijeron á María que su hijo iba á casarse en Francia con una joven á quien amaba hacía mucho tiempo, y, ofreciéndole un billete de mil pesetas, la indicaron la conveniencia de abandonar aquella casa, en la cual, al decir de ellos, no vería con gusto su presencia la esposa de su hijo.

María rechazó indignada la limosna que los padres de Carlos la ofrecían, y aquella misma tarde salía de su casa, sin más equipaje que algunas ropas y tres ó cuatro alhajas de poco valor. Con el producto de éstas tomó un billete de tercera para Barcelona, en donde, sola, sin relaciones, trabajando mucho, ganando casi nada, llegó al cabo de dos años, en la capital del Principado, á la mísera situación en que Carlos la encontrara.

Este, entretanto, al volver de su viaje y notar la falta de María, preguntó por ella á sus padres, como era natural, y éstos le dijeron hipócritamente que María se había escapado de su casa con un militar destinado á Filipinas.

Faltó muy poco á Carlos para perder la razón; y tal impresión le causó lo que creía ingratitud de María, que cayó gravemente enfermo, salvándose

sólo gracias á su robustez, su juventud y los exquisitos cuidados que sus padres le prodigaron.

A poco murieron éstos, y Carlos, que ni un instante podía borrar de su imaginación el recuerdo de María, realizó su fortuna y se trasladó á Barcelona con objeto de embarcarse en este puerto para cualquier punto de América.

Dos días hacía de su llegada cuando la Providencia hizo que Julia tuviese aquella inspiración que puso frente á frente á los dos amantes, proporcionándoles así ocasión de explicarse y de convencerse de que ambos habían sido víctimas de un vil engaño de los padres de Carlos.

Tres meses después María se hallaba completamente restablecida; y como Carlos, mayor de edad, era hijo único y huérfano, no hubo obstáculo alguno para que se celebraran sus bodas.

Si queréis encontrar la felicidad de la tierra, buscadla y la hallaréis en el hogar de Carlos y María, que se aman, son ricos y dichosos, sin que la más pequeña sombra venga á empañar el diáfano cristal de sus dichas.

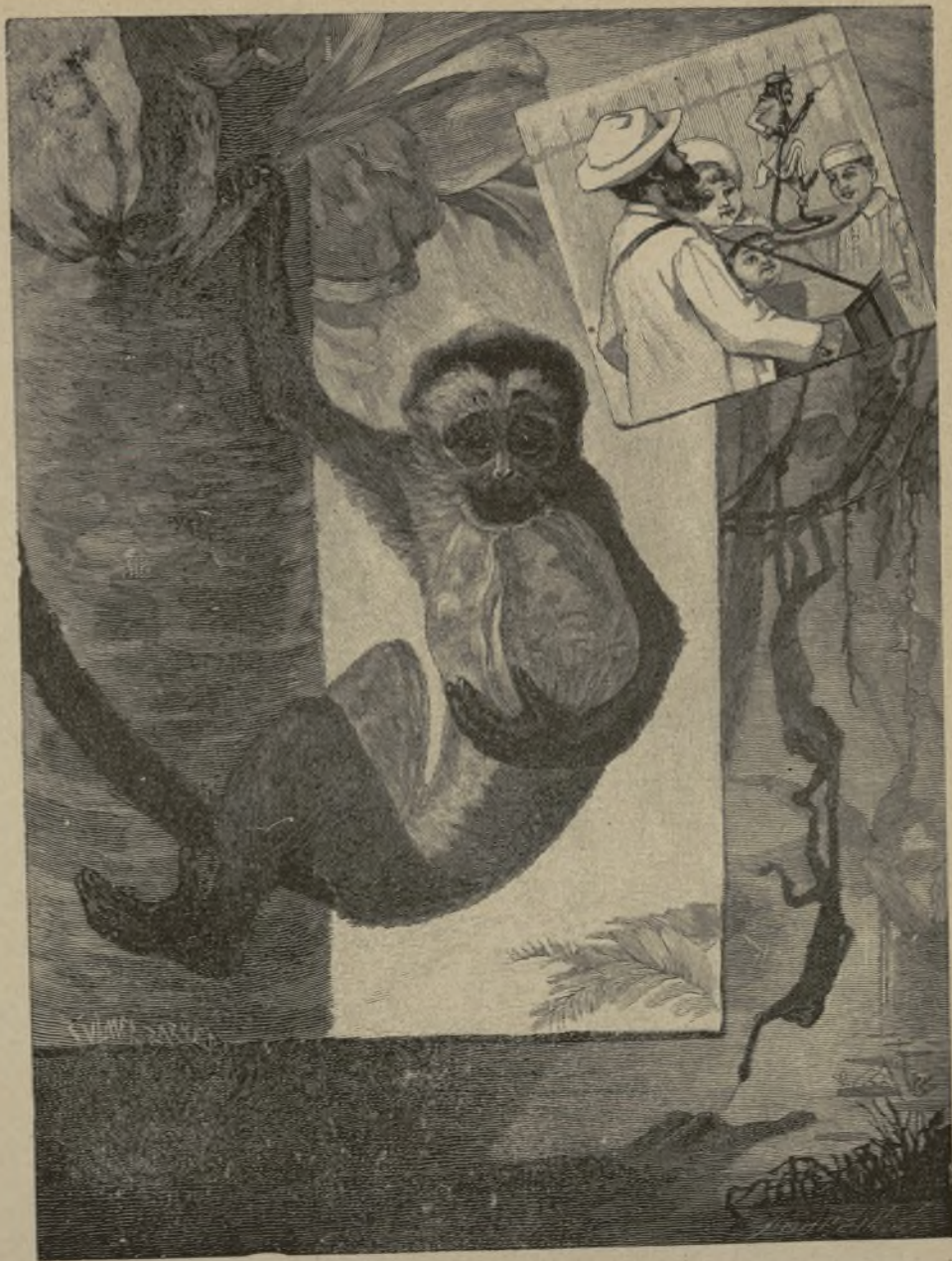
Julia es ya una mujer, pues cuenta veintidós años (han transcurrido diez desde que ocurrió lo que os he referido), é inútil es decir la estrecha amistad que tiene con la feliz pareja.

En casa de éstos, en el sitio más visible de la sala, descansa muellemente bajo un fanal, sobre un lindísimo almohadón de raso azul bordado de oro, un papel blanco doblado en cuatro dobleces; y cuando algún indiscreto se atreve á preguntar el significado de la adoración que á aquél tienen ambos esposos, contestan éstos sonriéndose:

—Ese papel nos recuerda lo mucho que debemos á Julia. Para nosotros pidió ella *una limosnita por amor de Dios*, y Él, que no abandona á los desgraciados, nos concedió desde aquel día y para siempre la felicidad.

VENTURA MAYORGA





MONERÍAS

El pobre mono
era feliz
en los palmares
de allá el Brasil.

Fué capturado,
traído aquí,
y hoy por las plazas,
con suerte vil,

á la gentuza
hace reir
con sus monadas
y su fusil.

¿Quién decir puede
si el infeliz
no piensa á veces
en su Brasil?



LOS PATINADORES

¡ Sobre la blanca alfombra
de la nieve tupida,
calzados los patines,
los niños se deslizan.
Es juego peligroso;

mas ¿quién en eso mira
si da un placer tan grande,
si da tanta alegría?
Allá, en el triste Norte,
¿quién es que no patina?

Ved á esos dos hermanos
cuál marchan tan aprisa
á patinar con otros
sobre la nieve fría.
Alguna costalada

que á todos mueve á risa,
algún chirle, algún tumbo
romperse una costilla,
son cosas que desprecia
todo aquel que patina.

EL NIÑO DE URBINO

(Conclusión)

Pueden figurarse fácilmente la confusión, la admiración, la incredulidad, las preguntas y los elogios que estallaron por todas partes cuando se supo que aquella maravilla era obra de un niño.

El duque se quitó del cuello una cadena de oro de la cual estaba suspendida una joya, y la puso en el cuello de Rafael.

—Hé ahí,—le dijo,—vuestra primera recompensa. Muchas otras recibiréis, niño maravilloso, que viviréis aún cuando habremos nosotros vuelto al polvo.

Rafael, que había permanecido durante todo este tiempo perfectamente tranquilo, besó la mano del duque con mucha gracia, y, volviéndose á su padre,

—¿Es verdad, pues,—le preguntó,—que he ganado el premio de monseñor el duque?

—Perfectamente verdad, ángel mío,—respondió Giovanni Sanzio con voz trémula.

Rafael, entonces, levantó los ojos sobre el maestro Benedetto.

—Reclamo,—dijo,—la mano de Pacífica.

Todos los asistentes se sonrieron, aun los concurrentes derrotados.

—Yo quisiera que estuvieseis en edad para ser mi hijo político como sois ya el hijo de mi corazón,—murmuró Benedetto.—Querido y prodigioso niño, eso es una broma, ya lo sé. Decidme lo que deseáis realmente. No puedo rehusaros nada, porque vos sois quien sois mi maestro.

—Soy vuestro discípulo,—le respondió Rafael con una linda sonrisita grave, mientras sus dedos jugaban con la joya ducal.—Nunca hubiese podido pintar esa mayólica si no me hubieseis enseñado los secretos y el empleo de vuestros colores. Ahora vos, mi querido maestro, y vos, monseñor duque, escuchadme. En virtud de los términos mismos del concurso tengo derecho á pedir la mano de Pacífica y ser el socio de messer Ronconi. Reivindico estos derechos y los cedo á mi caro amigo Luca de Fano, porque es el hombre más honrado del mundo, porque honra al signor Benedetto y ama á Pacífica mejor que nadie lo hiciese, y porque Pacífica, por su parte, le profesa el mismo afecto, y el señor duque encontrará que todo se arregla perfectamente así.

Hé ahí cómo habló, con una gravedad precoz y con la amable audacia de la infancia, aquel pintor de siete años, más grande ya que ninguno de los que le rodeaban. El signor Benedetto permaneció mudo, sombrío y agitado. Luca había salido del grupo y había doblado la rodilla en tierra. Estaba pálido como un difunto.

—Oíd la voz de este ángel, mi buen Benedetto. El autor es el que habla por su boca,—dijo gravemente Guidobaldo colocando la mano sobre el brazo del maestro alfarero. A pesar de su dureza bien conocida, Benedetto se des- hizo en lágrimas.

—No puedo rehusarle nada,—dijo sollozando.—Será la gloria de Urbino, una gloria tal que el mundo no la habrá conocido semejante.



¡Pobre cazador furtivo!
Los civiles te atraparon,
y de nada ha de valerte
resistir desesperado.
Yo francamente, á ser juez,

no encontraría reparo
en mostrarme muy benigno,
pues no creo gran pecado
el cazar furtivamente
alguna corza ó algún gamo.

—Haced venir á esa bella Pacífica cuya mano ha merecido Rafael,—dijo el soberano del ducado.—Quiero darle por su dote tantas piezas de oro como podrá contener ese famoso vaso, y un hombre honrado que es digno de ella. ¿Qué podéis pedir más, Benedetto? Joven: levantaos y sed feliz. Hoy ha bajado del cielo sobre la tierra un ángel para vuestra felicidad.

Pero Luca no le oía: siempre estaba arrodillado á los pies de Rafael, como el mundo entero se ha arrodillado después.

FIN

ADMINISTRACIÓN: Manuel Pla y Valor: Arca de San Bernardo, MADRID.—Ramón Molinax: Cortes, 365 á 371, BARCELONA
RESERVADOS LOS DERECHOS DE PROPIEDAD ARTÍSTICA Y LITERARIA

Establecimiento tipográfico de La Ilustración Ibérica: calle de Cortes, 365 á 371.—BARCELONA.